

CUADERNOS DE HISTORIA 2

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTORICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE JULIO 1982



PERFIL HUMANO DE GEORGE WASHINGTON *Cristián Guerrero Yoacham*

El 22 de febrero de 1982 se conmemoró el 250 aniversario del nacimiento de George Washington, a quien su compañero de muchas jornadas, Richard Henry Lee, definió como "el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el corazón de sus conciudadanos". Años más tarde el Ministro inglés William Gladstone acotó que "Si entre todos los pedestales provistos por la historia para personajes públicos de extraordinaria nobleza y pureza, viera uno más alto que todos los demás, y si se me requiriera nombrar, al instante, el que mayor mérito tuviera para ocuparlo, creo que mi elección, en cualquier momento durante los últimos 45 años, hubiera sido la misma que ahora: ¡Washington!".

Así, George Washington, el Comandante en Jefe del Ejército Norteamericano en los días de la Emancipación, el primer Presidente de los Estados Unidos, ocupó el primer lugar en el corazón de muchos hombres durante toda una centuria.

Pero en 1861 estalló la Guerra Civil en los Estados Unidos, el momento de la gran definición norteamericana. Y con la guerra la personalidad de Abraham Lincoln alcanzó preponderancia.

Lincoln, con su humildad, su sencillez e inmenso sentido de humanidad, sus célebres anécdotas y chascarros, y sobre todo, su sabia conducción política, desplazó a Washington del primer lugar y hoy en día es él, el leñador de Kentucky e Illinois, quien ocupa el primer lugar en el corazón de sus compatriotas.

Washington se ha tornado demasiado remoto. Para mucha gente aparece muy distante, como un simple grabado o un recuerdo feliz, un busto lleno de dignidad, una imagen, una figura que se perdió con el correr de los años. Washington es una mezcla de mito y realidad, de "hombre y monumento" como dice Marcus Cunliffe y ello ha contribuido en buena medida a que sea desplazado a un segundo lugar en el sentimiento popular.

Sin embargo, esto que ocurre en la realidad y que lo ha revelado más de una encuesta, no es justo y Washington, junto a Lincoln y otros, debe ocupar un primer plano de preeminencia entre quienes han luchado en la gesta redentora que busca la libertad y la plena realización del hombre, dejando una herencia que los tiempos no borran.

La mayoría de la gente piensa en Lincoln como un hombre del pueblo, un muchacho pobre, que se formó gracias a su esfuerzo diario y constante, superando etapas. Desde luego que esto es cierto, pero existe la tendencia a pensar que Washington era un exponente fiel de la aristocracia terrateniente, con todos los alcances y defectos que ello implica, y que todo en la vida le fue fácil.

Cuando uno se imagina a Washington en la Virginia de los tiempos coloniales y se recuerda que se relacionaba con el Gobernador Robert Dinwiddie y otros plantadores poderosos y ricos, se cree inconcientemente que su éxito fue producto de circunstancias y se deja de lado la enorme lucha que tuvo que dar en todos los momentos de su existencia, el grado de habilidad que hubo de desplegar para confiar en sus propios medios, la astucia que hubo de esgrimir para buscar lo mejor en pro de las causas que defendía, o el hecho, tan humanamente significativo, que todos los triunfos o fracasos de Washington se originaron en su determinación personal, en su propia responsabilidad y en la hombría de saber tomar decisiones en contra de opiniones adversas.

Las personas no familiarizadas con los detalles de la guerra de la Independencia de los Estados Unidos, tienden a mirar la victoria de Washington en la batalla de Yorktown del 19 de octubre de 1781, como algo definitivo. Con justicia les impresiona el hecho que bajo la conducción de Washington una incipiente nación derrotó a las fuertes y bien equipadas tropas británicas de entonces, cuando Inglaterra y su imperio eran tremendamente poderosos. Pero aunque conozca el nombre de Valley Forge donde Washington y sus hombres resistieron casi en la inanición el crudo invierno de 1777-1778, o hayan visto alguna vez el célebre cuadro de Emanuel Leutze que representa a Washington cruzando el Delaware en un frágil bote, no logran tener un concepto claro, cabal y completo de los múltiples problemas que Washington resolvió con sabiduría durante los seis años que duró su comando militar, como tampoco imaginan las tremendas angustias que hubo de pasar cuando asumió la Presidencia, ni menos todo lo que tuvo que luchar consigo mismo cuando decidió no postular a una tercera reelección en 1796.

Es de conocimiento general que Washington ejerció el mando durante dos períodos constitucionales, desde el 30 de abril de 1789 al 4 de marzo de 1797 y que fue elegido por unanimidad en las dos ocasiones. Sin embargo, este hecho de alta significación en la vida de cualquier persona en lugar de facilitar una comprensión más cabal de la misma, en el caso de Washington hace que lo veamos más remoto y distante.

En la Casa de Gobierno de Philadelphia, Washington recibía a los invitados oficiales, diplomáticos y altos funcionarios de su administración; él y su esposa Martha nunca se encontraban al mismo nivel que sus huéspedes, porque una disposición protocolar disponía, muy a disgusto de Washington, que el Presi-

dente y la Primera Dama debían permanecer en una plataforma elevada por sobre el resto de la concurrencia. ¡Que contraste tan dramático existe entre esta visión del Presidente Washington y las muchas imágenes que tenemos del Presidente Lincoln!, aquel hombre que gozaba del contacto popular, que reía y chancaba con los soldados, que hacía bromas a sus secretarios y a los políticos. Sin embargo, el uno y el otro, cada cual en su época y con su propia identidad han pasado a cubrir miles de páginas con los detalles de sus existencias. Por ello la grandeza de Washington y de Lincoln está en un mismo plano, a un mismo nivel.

Es más fácil apreciar al verdadero Washington en su etapa de juventud. En muchos aspectos, su desarrollo físico fue algo parecido al de Lincoln; en otros existen las diferencias lógicas. Lincoln fue un joven grande y fuerte, como lo fue Washington. Lincoln nunca asistió a una escuela o a una universidad; tampoco lo hizo Washington. Lincoln conoció el dolor a muy temprana edad pues su madre murió cuando tenía nueve años. Washington también conoció el dolor muy joven; su padre, Augustine Washington, a quien George mucho amaba, falleció en 1743, cuando éste último tenía once años. Washington pensaba que padecía de tuberculosis y estaba equivocado en su apreciación; Lincoln pensó que sufría la misma enfermedad e igualmente estaba errado. Washington sufría de depresiones nerviosas y Lincoln las sufría probablemente más que Washington. La tez de Lincoln era de color ceniciento y su aspecto no era el de un hombre saludable. El rostro de Washington estaba picado de viruelas pues había sufrido la epidemia en su niñez, y su aspecto general no era convincente, tanto que en los últimos años el Dr. John B. Moses, historiador y médico, ha señalado que Washington, aparte de ser hipocondríaco, padeció una serie de enfermedades graves entre las que anota problemas respiratorios, neumonías, reumatismo, pérdida de la visión y pésima dentadura. Washington fue en gran medida autodidacta y su ortografía era peor que la de Lincoln. Washington gustaba de las matemáticas y se hizo agrimensor. Lincoln también gustaba de las matemáticas y también ejerció como agrimensor. Al finalizar una campaña política, siendo muy joven, Lincoln postuló a un escaño en la Legislatura de Illinois y fue derrotado. Años después fue elegido en varias oportunidades para varios cargos antes de alcanzar la Presidencia. Del mismo modo, al terminar una campaña política, Washington postuló a la Legislatura de Virginia, la "House of Burgesses", y fue derrotado. Años después fue elegido para diversos cargos y alcanzó la Primera Magistratura.

En nada se parecieron más ambos jóvenes que en su actitud hacia las muchachas. En su extraordinaria biografía de Washington, publicada entre 1948 y 1957 en 7 volúmenes, el historiador Douglas Southall Freeman, ha relatado con notable talento y lujo de detalles, apoyado en valiosas fuentes, la conducta de Washington hacia las niñas, diciendo que era "tímida e insegura". El joven Lincoln se comportaba de la misma manera. Betsy Fauntleroy rehusó casarse con Washington y Mary Owen se negó a contraer matrimonio con Lincoln. Washington tuvo una tremenda admiración por Sally Fairfax, pero no hay evidencias de un romance, a pesar de la leyenda. Lincoln vivió en la misma

aldea que Ann Rutledge, pero tampoco hay pruebas de un idilio, a pesar de que muchos lo dan por cierto, agregando que la tristeza permanente del rostro de Lincoln se debía a la muerte prematura de su amada.

Los padres de Washington y de Lincoln fueron agricultores, pero había una diferencia entre ambos. El padre de Lincoln debió sostener un largo litigio por títulos de tierras. Como resultado de esto, quedó empobrecido y se vio obligado a trasladarse de Kentucky a Indiana. El padre de Washington era propietario de varias plantaciones en Virginia, pero tuvo muchos hijos y Mount Vernon, la granja que George recibió a través de su medio hermano Lawrence, como dice el historiador Freeman ya citado, era de un tamaño moderado y estaba situada en un distrito no especialmente fértil.

George Washington tuvo una gran ventaja sobre Abraham Lincoln. Washington tuvo un medio hermano, Lawrence, mucho mayor que él y hombre de fortuna que había alcanzado cierta reputación en la sociedad virginiana. Junto a Lawrence, George viajó a Barbados entre 1751 y 1752, visitando las plantaciones de la posesión insular. Lawrence ayudó a George en muchos aspectos, lo presentó a la familia Fairfax y gracias a su influencia pudo conseguir el cargo de agrimensor del Condado de Westmoreland. Fue también por medio de Lawrence que George conoció al Gobernador de Virginia, quien le dió el grado de Mayor y le nombró Ayudante en los regimientos milicianos coloniales.

Estos fueron los puntos de apoyo de la incipiente carrera de Washington, apoyos que no tuvo Lincoln. En realidad la ayuda de Lawrence a su medio hermano es la más significativa de las excepciones a que nos hemos referido. Otra diferencia, aunque de menos importancia, fue el matrimonio de Washington con una viuda atractiva y acomodada, madre de dos hijos, Martha Dandridge Custis. El amor y la fortuna de Martha fueron, desde luego, una ayuda grande para Washington y llegó en el momento en que la carrera del joven estaba ya trazada y figuraba entre los personajes importantes de su época. Washington casó el 6 de enero de 1759 cuando tenía 27 años de edad y ya había terminado su participación en la Guerra Franco India; su matrimonio, lo calificó él mismo, como un factor más de su existencia, pero no menos significativo que otros. Por ello escribió a un pariente que residía en Inglaterra: "Me encuentro ahora, según creo, fijo en éste sitio, con una agradable consorte para toda la vida y espero encontrar mucha más felicidad en el retiro, que lo que jamás experimenté en un mundo amplio y febril".

La ayuda de Lawrence y el matrimonio, según muchos biógrafos de Washington, fueron elementos que le permitieron un progreso rápido. Podríamos concluir que fueron factores de suerte, pero más importante que ello fue el hecho que Washington supo aprovechar las situaciones y coyunturas favorables que se le presentaron y sobre ésta base pudo trazar su propio destino.

La guerra entre las colonias inglesas en América del Norte contra las posesiones francesas —aliadas con las tribus indias— se libró entre 1754 y 1763. Se la conoce en la Historia de Europa como la Guerra de los Siete Años, pero en Norteamérica, donde comenzó, se la llama la Guerra Franco India. Antes de iniciarse el conflicto, el Gobernador Dinwiddie de Virginia estaba preocupado

por las incursiones francesas desde la Nueva Francia, Canadá, a territorio británico y por la construcción de fuertes en la región boscosa del valle del Ohio, entre el lago Erie y el sitio de actual emplazamiento de Pittsburg. El Gobernador deseaba encontrar un hombre de confianza para enviarlo a averiguar cual era la situación exacta de la penetración francesa y George Washington se ofreció voluntariamente para desempeñar la misión. Tenía en esos momentos 21 años de edad y ya era Teniente Coronel de las Milicias Coloniales. En esta empresa Washington hizo gala de valor, habilidad e inteligencia. Logró su cometido y retornó a Virginia trayendo informaciones precisas, las que fueron publicadas en la colonia y en Londres.

Sin embargo, al año siguiente, 1754, Washington tuvo menos suerte. Al ser comisionado como Segundo Comandante para llevar tropas a Pennsylvania y fundar un fuerte en un sitio estratégico, a fines de mayo entró en combate con una avanzada francesa a la que pudo derrotar. Tomó algunos prisioneros que remitió a Virginia, pero al continuar su penetración, encontró fuerzas francesas superiores. Sus municiones y alimentos comenzaron a agotarse y el 3 de julio, en la localidad de Fort Necessity, se batió con franceses y aliados indios, mayores en número. Washington se vió forzado a rendirse y el comandante francés permitió que él y sus hombres salieran de la región con la condición que enviaran de regreso a los cautivos tomados en la acción anterior. Este no es un capítulo relevante en la vida de Washington, sin embargo demuestra que tuvo el sentido de trazar cuando comprendió que no podía obtener el triunfo ni menos llevar a sus tropas al sacrificio estéril. El hecho fue comprendido en Williamsburg y en Londres y una carta de Washington en que relata la acción fue publicada en la metrópoli por el *London Magazine*, convirtiendo a Washington en un personaje célebre.

En 1755, el General inglés Edward Braddock trató de capturar el Fuerte Duquesne que los franceses habían construido en las cercanías de Pittsburg. Washington integró la división Braddock. Contrariamente a la opinión generalizada, Braddock no era un incapaz, pero ciertos errores suyos permitieron a los franceses e indios defender el fuerte y luego, el 9 de julio de 1755, obligar a los británicos a emprender la retirada. Braddock cayó en la acción. Washington tomó el mando de las fuerzas y salió airoso de su difícil misión de salvar lo que quedaba de la expedición que se conoce en la historia colonial con el nombre de "La derrota de Braddock". El prestigio de Washington se acrecentó y su popularidad fue en aumento, especialmente entre los soldados. Años más tarde, a comienzos de 1759, participó en la toma definitiva de Fuerte Duquesne.

Durante el resto de la Guerra Franco India —que terminó con el Tratado de París del 10 de febrero de 1763— Washington continuó sirviendo en las Milicias Coloniales pero no tuvo participación activa en hechos de armas. Estaba muy disgustado y desengañado por la falta de apoyo. Le molestaba la actitud de la House of Burgesses que parecía "estar ciega a los intereses del país" según reveló en un documento, la parsimonia del Gobernador Dinwiddie para tomar medidas, la falta de avituallamiento y equipos, el lento reclutamiento de milicianos y el desdén con que los oficiales británicos miraban a sus congéneres

coloniales. Sin embargo, su prestigio siguió en aumento, al tiempo que la experiencia ganada le colocaba en posición de poder criticar con fuertes argumentos. Además, para paliar los defectos que hacía ver, reclutó soldados, los vistió y equipó a costa de su propio peculio. Gastó muchas horas instruyéndolos personalmente; aprendió técnicas para construir fuertes y estudiando por las noches, se convirtió en un experto en materias de intendencia y en problemas de abastecimiento. También estudió textos y manuales de artillería y comprendió la importancia de esta arma en el tipo de guerra que permitían las condiciones geográficas norteamericanas. Pero, por sobre todo, en esos días, Washington supo ganarse y conservar la confianza de oficiales y tropas y aún más, aprendió a aceptar las críticas que en muchas oportunidades le formularon. Fue en esta etapa, también, cuando Washington se definió por ser un hombre de iniciativa y de paciencia para esperar el momento oportuno en que debía actuar.

En gran medida, la actuación de Washington en las guerras de la Independencia de los Estados Unidos que comenzaron en 1775, fue similar a la actuación que tuvo en la Guerra Franco India. Empero, hay tres diferencias que es necesario destacar. En primer lugar, durante las guerras de la Independencia, Washington había asumido el Comando en Jefe; era, en consecuencia, un hombre prominente; su nombramiento había sido hecho por el Congreso Continental que le había dotado de amplios poderes. Sus responsabilidades, por tanto, eran mayores y el campo en que debía operar bastante más amplio. "Nada menos que de sus éxitos o fracasos —ha escrito un historiador— dependía la suerte de la Independencia". Luego, desde 1775 y hasta la batalla de Yorktown en el otoño de 1781, Washington no supo lo que era una victoria, un triunfo. Transcurrieron seis años y todas las acciones militares que comandó fueron derrotas. Durante seis años el éxito le fue esquivo. Su primera gran batalla, Long Island, fue un verdadero desastre y él y sus tropas estuvieron a punto de ser capturados por los ingleses en las vecindades del puerto de New York. Sin embargo, Washington nunca se desanimó. Las batallas de Trenton (24 de diciembre de 1776) y Princeton (3 de enero de 1777) mostraron la inteligencia, la amplitud de recursos tácticos y el enorme valor del Comandante en Jefe del Ejército Norteamericano, pero fueron encuentros pequeños, como lo fueron también Brandywine (11 de septiembre de 1777) y Germantown, el 4 de octubre del mismo año. Tampoco la acción de Monmouth fue decisiva. Durante seis años, lo único que Washington dió a sus hombres fue fortaleza, una sensación de confianza, destreza, paciencia y la certidumbre de que eran conducidos por un jefe de carácter férreo y voluntad indomable, que sabía lo que tenía que hacer.

Washington siempre poseyó bravura, elemento indispensable en el líder. Pero el coraje se revela más y se demuestra mejor cuando va aparejado a la eficiencia. Washington, en este aspecto, poseía un arrojo que lindaba en la audacia. Thomas Jefferson ha escrito: "Era incapaz de abrigar temor, haciendo frente a los peligros personales con la más calmada indiferencia". Y un humilde soldado del Ejército Continental que luchó con Washington durante todas las

guerras de la Independencia, aporta un testimonio soberbio: "Nuestro Ejército ama grandemente a su General, pero sólo tiene una cosa en su contra, que es lo poco que se cuida en las acciones bélicas. Su bravura personal y el deseo de animar a sus hombres con el ejemplo, le quitan todo temor al peligro. Esto nos provoca una gran intranquilidad".

Si no hubiese sido por la ayuda francesa, es casi evidente que los Estados Unidos no habrían ganado las guerras de Independencia. La colaboración francesa lograda por medio de dos tratados que negoció en París Benjamín Franklin, fue un factor determinante. El General Washington tuvo la capacidad de aprovechar en la mejor forma dicha ayuda y la usó en el momento oportuno. Comandó las fuerzas americanas y francesas de mar y tierra con inteligencia y habilidad. Aceptó un riesgo atrevido y calculado, cuando previó que Sir Henry Clinton permanecería encerrado en New York, y, entonces, finalmente confrontó sus tropas con las de Lord Cornwallis. La campaña que terminó con la victoria de Yorktown del 19 de octubre de 1781, fue uno de los acontecimientos militares más importantes del siglo XVIII, "la más brillante del siglo", como la calificó Federico el Grande de Prusia, quien admiró la marcha secreta y rápida de Washington desde el Hudson a la bahía de Chesapeake. Pero los retrasos, las frustraciones, las pruebas de toda especie —y la manera como Washington reaccionaba ante ella— nos dicen mucho más acerca de su personalidad que lo que nos dice el momento en que Lord Cornwallis rindió su espada, momento histórico trascendente por lo que significa la derrota del imperio más poderoso del mundo frente a un grupo de sus colonias.

El carácter de Washington durante las campañas de la Independencia es mucho más admirable que el que mostró en todo el resto de su vida y relega a un segundo plano cualquier hecho individual por él logrado durante la contienda o después. Su experiencia en la Guerra Franco India le preparó para los lances militares del período libertario; su carácter se templó y acrisoló para enfrentar el futuro. Esta afirmación nos lleva a destacar otros rasgos de su personalidad.

En primer lugar destaca su inteligencia. Jefferson ha escrito que "su mente era grande y poderosa... su penetración aguda... y en lo que podía apreciar, ningún juicio fue jamás tan sano; era de acción lenta, sin mayor ayuda de su inventiva o imaginación, pero de conclusiones seguras".

Washington poseía un fino sentido del humor. El novelista Mark Twain ha logrado que muchas generaciones rían con el siguiente comentario: "Los informes acerca de mi muerte son sumamente exagerados". Pero mucho tiempo antes de que Mark Twain naciera, George Washington dijo: "Habiendo escuchado un relato de mi muerte y de mi último discurso, aprovecho la oportunidad para contradecir lo primero y asegurar que aún no he compuesto lo segundo". Una dama de Virginia escribió a una amiga íntima diciéndole que, cuando George Washington se convertía en "el compañero conversador y agradable, podía ponerse un poco atrevido, con la frescura que nos gusta a ambas".

Washington gustaba del baile y era un buen bailarín. Le agradaba jugar a las

cartas, escuchar música y concurrir al teatro. Era un lector habitual; le placía beber vino de Madeira, gozaba con la pesca, las regatas, la caza y las carreras de caballos. Era un diestro equitador y Jefferson aseguró que era "el mejor jinete de su época y la figura más elegante que podía verse a caballo". Antes de las guerras de la Independencia usaba rapé y gustaba fumar en pipa; durante toda su vida tuvo afición por las ostras y las sandías.

Washington nació con un genio ardiente. Aún siendo Presidente, como lo observó Jefferson, "... en sus arranques de pasión, no podía controlarse así mismo", pero estos exabruptos no eran frecuentes y costaba mucho sacarlo de sus casillas.

¿Qué ha pasado con este Washington tan humano que aquí describimos? El escrito Saul K. Padover ha relacionado al remoto Washington de nuestro tiempo con algunas leyendas que circularon acerca de su persona. Afirma que cuando la gente se enteró que las leyendas no eran verdaderas, se fueron al otro extremo y deificaron al hombre. Por su parte, Marcus Cunliffe asegura que Washington "se ha visto sepultado en su propio mito —un monumento metafórico a Washington que nos oculta el lineamiento del verdadero hombre. Año tras año este monumento ha crecido, como un montículo de piedras al que cada viadante hace su contribución. Se han acumulado panfletos, discursos, artículos y libros, así como pedrezuelas, cascajos, piedras y rocas. Anécdotas, monografías, panegíricos, fuese cual fuese el valor de cada contribución, han logrado de alguna manera, irónicamente, en el caso de las contribuciones—ocultar aún más lo que han intentado revelar".

Sin duda que hay cierta lógica en estas afirmaciones, pero el hecho es que Washington nunca se sintió estimulado por el halago ni la veneración que le profesaban sus contemporáneos, y jamás buscó una posición especial. Recordemos la constante batalla que en su interior mantenía por controlar su genio, el hecho que desechara tantos placeres y honores, que hiciera tantos sacrificios por la lucha de las colonias rebeldes. Estos mismos elementos también han contribuido para que perdamos de vista la verdadera personalidad, al hombre tal cual era, debajo de la controlada y casi perfecta imagen que se ha creado.

Desde los primeros momentos de la confrontación con Inglaterra en 1763, Washington se mostró partidario de la posición colonial. En representación de Virginia concurre al primero y segundo Congreso Continental. Cuando integraba este último, escribió a George Mason: "En un momento en que nuestros señoriales amos en Gran Bretaña no se satisfacen con nada menos que la privación de la libertad americana, parece imprescindible y necesario hacer algo para evitar el golpe y mantener la libertad que hemos heredado de nuestros antepasados. Pero el problema en cuestión es la forma de llevarlo a cabo para satisfacer ampliamente tal propósito. Mi opinión es que ninguno debería tener escrúpulos, ni dudar un momento, en empuñar las armas en defensa de tan valiosa bendición de la que dependen todo lo bueno y lo malo de la vida. Me permito agregar, no obstante, que las armas debieran ser el último recurso. Se dice que han resultado ineficaces las peticiones hechas al trono y las protestas formuladas al Parlamento. Queda por comprobar, entonces, hasta

que grado se les puede despertar para llamarles la atención con respecto de nuestros derechos y privilegios, ahogando su comercio y su industria”.

Fue el segundo Congreso Continental el que condujo a la declaración de la Independencia, pero un año y diez y siete días antes que ésta fuera promulgada, el 15 de junio de 1775, el Congreso creó el Ejército Continental, nombrando a Washington como General en Jefe. De inmediato Washington declinó el nombramiento, argumentando a los representantes de las Colonias Unidas: “En este día declaro, con la mayor sinceridad, que no me creo capaz de aceptar el comando con que me han honrado”, y en una carta personal a su hijastra Patsy, agregó: “Podéis creerme cuando os aseguro, en la forma más solemne posible que, lejos de buscar éste nombramiento, he puesto todo mi empeño en evitarlo, no sólo en razón de mi deseo de no abandonar a tí y a la familia, sino a causa de mi convicción de tratarse de un cargo demasiado grande para mi capacidad... Pero por cuanto ha sido una especie de destino el que me ha impulsado a éste servicio, abrigaré la esperanza de que mi aceptación esté destinada a satisfacer algún propósito... Me fue totalmente imposible rehusar éste nombramiento sin exponer mi carácter a reproches tales que habían reflejado deshonor sobre mí y provocado agitación a mis amigos”.

Terminada la batalla de Yorktown, Washington decidió regresar a Mount Vernon, al retiro privado, buscando la compañía de su esposa Martha y la tranquilidad del trabajo agrícola. Con una honestidad enorme y los ojos llenos de lágrimas dijo adiós a sus soldados: “Con el corazón pleno de amor y gratitud, ahora me despido de ustedes, deseando con toda devoción que vuestros sueños venideros sean tan prósperos y alegres como gloriosos y honorables han sido los anteriores”. Y luego dijo al Congreso: “El exitoso término de la guerra ha colmado las más anheladas esperanzas, y mi gratitud por la intervención de la Providencia y la ayuda que he recibido de mis compatriotas, aumentan en cada reminiscencia del trascendental combate... Considero un deber indispensable cerrar éste último acto solemne de mi vida oficial, encomendando los intereses de nuestro amadísimo país a Dios Todopoderoso”.

Por fin pudo Washington hacer lo que deseaba. La vida en Mount Vernon era apacible y le preocupaban los cultivos de la plantación, las reparaciones necesarias no realizadas durante su ausencia, la lectura de sus autores favoritos y la correspondencia con sus amigos. Al Gobernador Clinton le escribió: “El telón ha caído, por fin. Me siento aliviado de una carga pública. Espero pasar el resto de mis días cultivando el afecto de hombres buenos en la práctica de las virtudes domésticas”. Y al Marqués de Lafayette, el joven aristócrata francés que generosamente había participado en las guerras de la Independencia, ayudando a Washington a formar y adiestrar el ejército, le agregaba: “Me he convertido en un ciudadano privado en las orillas del Potomac, y bajo la sombra de mis propias viñas y mis higueras, libre del bullicio de un campamento militar y de las escenas activas de la vida pública, me estoy solazando con aquellos tranquilos placeres de los cuales muy poca idea puede tener un soldado, quien siempre persigue la fama; el estadista, cuyos días vigilantes y

noches de insomnio están dedicados a proyectar para promover el bienestar a su propia nación y quizás la ruina de otras, como si el globo no fuese suficiente para todos; y el cortesano, que siempre mira atentamente el rostro de un príncipe. No sólo me he retirado de todo empleo público, sino que me estoy retirando dentro de mi mismo... Envidioso de ninguno, me he propuesto estar contento con todos; y ésta, mi querido amigo, siendo mi orden del día, me deslizará dulcemente por la corriente del tiempo hasta descansar junto a mis antepasados”.

Sin embargo, Washington no pudo aislarse. La situación política norteamericana se complicó demasiado, los Estados entraron en una serie de conflictos y los Artículos de la Confederación —primera Constitución Política de los Estados Unidos que imperaba desde el 1º de marzo de 1781— no proporcionaban las fórmulas ni mecanismos para encontrar la solución a los graves problemas. Vino la decisión de discutir franca y abiertamente la situación y cambiar la carta fundamental. Washington fue requerido y en 1786 asistió a la Convención de Annapolis y luego en 1787 presidió la Convención Constituyente de Philadelphia que redactó la nueva carta. Fue en estas circunstancias cuando nuevamente dió pruebas de su honradez espiritual y su rechazo categórico a la demagogia. Sus palabras inspiraron a los constituyentes en procura de realizar la mejor obra posible: “Si para contentar al pueblo nosotros ofrecemos aquello con lo que no estamos de acuerdo, ¿cómo podremos defender luego nuestra obra? Establezcamos una norma por la cual puedan guiarse los sabios y los honestos. El hecho se encuentra en manos de Dios”.

La figura del general Washington recobraba prominencia y en la mente de sus compatriotas surgió la idea de llevarlo a la Presidencia de la República. Washington se negó, pero la demanda popular fue enorme; sus antiguos compañeros de armas le exigieron que tomara el poder. El Marqués de Lafayette le escribió desde Francia en enero de 1788: “En nombre de Norteamérica, de la Humanidad en general, y de su propia fama, le ruego mi estimado General, no niegue su aceptación al cargo de Presidente por los primeros años. Sólo Usted puede arreglar la máquina política”. Elegido unánimemente primer Presidente de los Estados Unidos —John Adams ocupó la Vicepresidencia— tomó posesión del cargo en New York el 30 de abril de 1789. Pocos días antes de jurar el cargo, escribió a su amigo Henry Knox una larga carta en que demuestra su estado de ánimo frente al nuevo desafío: “Mis movimientos hacia el sillón de gobierno estarán acompañados por sentimientos no disímiles a aquellos del reo que se dirige al lugar de su enjuiciamiento; tanto desgano tengo yo, en el atardecer de una vida casi consumida en el cuidado de la cosa pública, de abandonar una pacífica morada por un océano de dificultades, sin esa competencia de habilidad política, pericia e inclinación tan necesaria para mantener el timón. Comprendo que estoy embarcando la voz de mis compatriotas y un buen nombre propio, en este crucero, pero que beneficios se lograrán para ellos, el Cielo sólo podrá predecir”.

En su gestión presidencial Washington siguió una serie de políticas austeras y realistas que su amigo y primer Secretario del Tesoro Alexander Hamilton le

recomendó; observó la neutralidad frente a las guerras de Europa derivadas de los comienzos de la Revolución Francesa; logró sofocar la Rebelión del Wisky en 1794 y negoció con Inglaterra el Tratado de Jay, en 1795, que puso fin a una serie de problemas pendientes desde la firma del Tratado de Paz en 1783.

Al finalizar su segundo período presidencial, Washington tomó una de las decisiones políticas más notables en la Historia de los Estados Unidos. En 1796 debía efectuarse la elección presidencial. Ninguna disposición impedía a Washington postular nuevamente, y bien sabía que el resultado le era ampliamente favorable. Igualmente sabía que el cariño y la admiración que el pueblo le profesaba, habría impedido postular a cualquier otro. Sin embargo, siendo tan fácil dar su consentimiento a quienes le rogaban que permaneciera en el poder, Washington se negó terminantemente y decidió no postular a la reelección. Este gesto le engrandeció aún más y sentó un precedente histórico para los Estados Unidos que sólo fue roto en 1940 cuando Franklin D. Roosevelt postuló y fue elegido para un tercer período, en los difíciles días de la segunda Guerra Mundial.

Pero aún hay más. Washington no se contentó con responder negativamente. El 17 de septiembre de 1796, entregó su Discurso de Despedida, el célebre "Farewell Address", documento en el cual no sólo explicó su decisión irrevocable, sino que dió sabios consejos a su pueblo para enfrentar el futuro. "Sus conceptos y preceptos —ha escrito el Profesor Commager— han influido en la historia norteamericana más de lo que habría imaginado el propio Washington". El Presidente hizo un llamado a luchar contra el partidismo y el faccionalismo, a defender los valores permanentes de la democracia norteamericana, a no aceptar las influencias extrañas y a no mezclarse en los problemas de otras naciones; sus palabras contienen un llamado a preservar la moral pública, la buena fé entre los hombres, la búsqueda de una vida más humana, sin abusos ni privilegios. Una de sus premisas fundamentales, la expresó Washington en los siguientes términos: "El respeto a la autoridad del gobierno, el cumplimiento de sus leyes, el acatamiento de sus medidas son obligaciones que prescriben las máximas fundamentales de la verdadera libertad".

Pero en el documento hay también un párrafo que revela la estatura moral del Presidente. Con gran humildad se refirió a la labor que había cumplido y dijo: "Al revisar los actos de mi administración, estoy seguro de no haber cometido errores intencionales. Empero, me doy perfecta cuenta de mis defectos para no pensar que no haya cometido muchas equivocaciones. Cualesquiera que éstas hayan sido, imploro fervientemente el Todopoderoso para que conjure o atenúe los males que pueda ocasionar. Asimismo, llevo conmigo la esperanza de que mi país nunca dejará de mostrarse indulgente hacia esos errores, y que después de haber consagrado cuarenta años de mi vida a su servicio, con un celo recto, mis omisiones sean echadas al olvido, como pronto lo estaré yo mismo en la región del descanso eterno".

Muchos años después que Washington había muerto, Benjamín Hill rindió tributo al General Robert E. Lee, héroe sureño de la Guerra de la Secesión. Hill dijo que Lee fue "un enemigo sin odios, un amigo sin traición, un soldado

sin crueldad y una víctima sin queja; fue un funcionario público sin vicios, un ciudadano privado sin tacha, un amigo sin reproche, un cristiano sin hipocresía y un hombre sin culpa. El fue César sin su ambición, Federico sin su tiranía, Napoleón sin su egoísmo, Washington sin su recompensa”.

¿Recompensa? ¿Cuál fue y es en el presente la recompensa de George Washington? En su vida, en cierto sentido, su recompensa fue la Presidencia. Pero después de su muerte, su recompensa es quizás la admiración que hoy le profesan sus compatriotas aunque no en el primer plano que merece ya que lo ven tan distante y remoto. Ese amor y respeto Washington lo merece porque fue un hombre sencillo, muy humano, recto, que gozó de las buenas cosas de la vida tanto como cualquier mortal, que probó los placeres de la existencia y que en la hora del sacrificio y de las decisiones, lo dió todo, tal cual como había gozado de todo. Por ello George Washington pudo decir: “No más de todo esto para mí. No más que la compañía de mi esposa y de mi familia. No más de que Mount Vernon. Por un año, por tres, tal vez para siempre”.

El célebre político inglés Barón Henry Peter Brougham, gran reformista del siglo XIX ha escrito que “la piedra de toque del progreso de la humanidad será su apreciación del carácter de Washington” y Sir Winston S. Churchill, en su *Historia de los pueblos de habla inglesa* ha expresado que “George Washington ostenta uno de los títulos más soberbios que la Historia puede conceder. Fue el Padre de su Nación. Casi únicamente su firmeza en las guerras de la Independencia mantuvo a las colonias americanas unidas en su propósito común. Sus servicios después de haber conseguido la victoria no fueron menos grandes. Su firmeza y empleo mientras fue Presidente restringieron la violencia de las facciones y pospusieron durante sesenta años un cisma nacional. Su carácter e influencia frenaron las inclinaciones de los americanos a adoptar una posición contra Gran Bretaña o Francia. Desempeñó su cargo con dignidad e inspiró su administración con mucha de la sabiduría que le era propia. A su mandato como Presidente se le debe la limpia organización del Gobierno Federal, el establecimiento del crédito nacional y la fundación de una política exterior. Al negarse a permanecer durante un tercer mandato impuso una tradición en la política americana... Durante dos años Washington vivió pacíficamente en su hacienda junto al Potomac, cabalgando por sus plantaciones, como había deseado desde mucho antes. Entre las nieves de los últimos días del siglo XVIII se retiró al lecho. La noche del 14 de diciembre de 1799 se volvió al médico que estaba a su lado y murmuró: “Doctor, me cuesta trabajo morir, pero no tengo miedo de marcharme”. Poco después Washington se fue para siempre”.

Las palabras de aprecio de Brougham y Churchill, como muchas otras, señalan que por sobre los hechos de la vida notable de Washington prevalecen con el tiempo los rasgos de su carácter, sobre todo su sencillez que quedó materializada en su plantación de Mount Vernon, donde descansan sus restos. Hasta allí llegó en 1852 don Benjamín Vicuña Mackenna quien ha dejado una estampa y una reflexión sobre lo que vió: “Antes de dejar a Washington yo tenía un peregrinaje que cumplir; había visto en todas partes el nombre, quería ver algo del mortal, acercarme a la gloria más inmaculada tal vez de la historia.

Había visto los soberbios monumentos ofrecidos a su grandeza, y quería conocer su humilde tumba! Una mañana... llegamos a la morada del más grande de los americanos en ambos continentes. Atravesamos el rústico jardín que rodea la casa y nos dirigimos a la bóveda que cubre el sarcófago de Washington. Es un simple féretro de mármol con esta inscripción por único epitafio, WASHINGTON. Algunos negros esclavos vagaban por los campos vecinos y su sombra me parecía reflejarse como un tisne sobre el fino brillo de aquella loza, bajo la cual reposaba el padre de la libertad... hombre que rehusó una corona y abdicó todo poder cuando vio su misión de servicio, de lealtad y abnegación terminada para con su patria. Llegado el momento de su recompensa él dijo su adiós de ciudadano a la patria de la que él era sin embargo su padre, y murió bendiciéndola y bendito y santificado por el amor de los hombres...".

Guión bibliográfico:

Para componer este ensayo nos hemos basado fundamentalmente en la obra de Douglas S. Freeman, *George Washington* publicada en 7 Vols., entre 1948 y 1957; el último Vol., fue escrito por los colaboradores del Dr. Freeman, John C. Alexander y Mary W. Asworth, después de la muerte del erudito investigador. En 1968 el Profesor Richard Hawell entregó una versión resumida de los 7 Vols., que se constituyó de inmediato en la mejor biografía de Washington en un Vol. De gran utilidad son dos estudios de Bernard Knollemberg, *Washington and the Revolution*(1940) y *George Washington: Virginia Period* (1964) que contienen muchas sugerencias apreciables. El historiador británico Marcus Cunliffe ha escrito una obra ya clásica, de inapreciable valor, *George Washington: Man and Monument* (1958) traducida al español por Harold Sinnott y publicada por Plaza & Janes (Buenos Aires, 1965) con el título de *George Washington, hombre y prócer*. Los tres tomos de James T. Flexner, *George Washington* (1965-1970) son indispensables aunque el autor no logra superar la visión de conjunto presentada por Freeman. Curtis P. Nettels hace un positivo aporte con su trabajo *George Washington and American Independence* publicado en 1951 que difiere en varios aspectos del ya citado de Knollemberg y corrije algunas apreciaciones del estudio en dos tomos de Nathaniel W. Stephenson y W.H. Dunn, *George Washington* (1940). A su vez la versión de Nettels es revisada y superada en amplitud por Esmod Wright, *George Washington and the American Revolution* (1957), editado en Londres. También es apreciable la monografía de Francis R. Bellamy, *The Private Life of George Washington*, publicada en 1951.

Los papeles públicos y privados de Washington fueron editados y publicados en 39 Vols., por John C. Fitzpatrick, entre 1931 y 1944. El Dr. Fitzpatrick publicó también los *Diaries, 1748-1799* de Washington en 4 densos tomos aparecidos en 1925. Hay varias selecciones de estos documentos y entre las más accesibles y fáciles de usar está la hecha por Saul K. Padover, *George Washington: Basic Selections from Public and Private Writings* (1955). Hugh Cleland, *George Washington in the Ohio Valley* reúne las narraciones del propio Washington acerca de sus 7 viajes en la citada región, realizados entre 1753 y 1794. Las

compilaciones de Jared Spark, *Correspondence of the American Revolution, Being Letters of Eminent Men to Washington, 1775-1789* (4 Vols., Boston, 1853) y E.M. Hamilton, *Letters to Washington and Accompanying Papers* (5 Vols., Boston, 1898-1902) contienen materiales de extrema utilidad.



National Gallery of Art.